

PARA TODOS

Esperar al Señor

En una importante esquina de una ciudad, un hombre espera en medio de la multitud que pasa. El continuo desfilar de los vehículos le es indiferente; él sigue vigilando, atento. La gente apresura el paso a causa del frío; pero él no se inmuta, no siente el frío, solo espera. De repente, en la dirección que observa, ve a aquel a quien está esperando. Entonces su actitud cambia: su mirada se ilumina, hace un gesto con la mano y rápidamente se dirige hacia él.

El creyente es semejante a este hombre que espera. El mundo se agita a su alrededor. Sin embargo, todo en el comportamiento del cristiano, su serenidad en medio del desconcierto, su desapego a las cosas que pasan, todo debería mostrar una fe vivida con la perspectiva del inminente regreso del Señor.

Querido amigo, ¿qué eco tiene en su corazón, qué incidencia tiene en su vida diaria la venida del Señor y su promesa: “Yo vengo pronto” (Apocalipsis 22:7, 12, 20)? ¿Cómo lo está esperando hoy?

La espera no debe ser pasiva. Las Escrituras nos presentan muchos caracteres propios de esa espera. Le proponemos algunos para que los medite.

Esperar con paciencia

En Santiago 5:7-8 leemos: “El labrador espera... con paciencia...”. Después de haber labrado la tierra y sembrado la semilla, espera que la lluvia temprana y la tardía rieguen la tierra y permitan el pleno desarrollo del precioso fruto.

Asimismo, una semilla de vida eterna ha germinado en su alma: usted ama al Señor Jesús sin haberlo visto aún. Este período puede parecerle largo, y a veces pesado; es la hora de la “constancia en la esperanza” (1 Tesalonicenses 1:3) hasta el glorioso encuentro cara a cara con el Señor, el autor de su salvación.

Siga el ejemplo de los profetas quienes esperaron con paciencia, y a menudo a través de las pruebas, una respuesta de Dios a su fe. Piense asimismo en Job, quien en medio de profundos sufrimientos mostró la misma virtud (Santiago 5:10-11).

De igual modo, la creación espera ser liberada de la esclavitud de la corrupción para gozar de “la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:19-21).

Esperar con abnegación

Al terminar su jornada, el siervo vigilante de Lucas 12:35-38 enciende su lámpara y ciñe sus lomos. Vela sin desalentarse, sin descuidar su compostura. Cuando el Señor vuelva, a una hora que él no conoce, le abrirá enseguida y estará dispuesto a servirle. ¡Dichoso aquel señor de tener un siervo tan abnegado y fiel! ¡Dichoso aquel siervo cuando su señor, a su vez, se ciña, lo invite a sentarse a su mesa y le sirva!

Esperar con vigilancia

“Mi alma espera al Señor más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana” (Salmo 130:6).

Mientras la ciudad duerme, el centinela vigila atentamente de pie en la muralla, y el enemigo lo sabe muy bien. Permanecer vigilante, a pesar de las profundas tinieblas de la noche, de la intemperie, de la larga vigilia y del peligro, es lo que templea y fortalece un alma.

Como el centinela está despierto hasta la salida del sol, así también el creyente espera vigilante. Y, mientras las vigili-
as se sucedan, tal como los guardianes que estaban en las murallas de Jerusalén, no callará jamás, sino que recordará a Dios su promesa (Isaías 62:6-7, V. M.) y las numerosas necesidades de su ciudad.

Esperar con perseverancia

Abraham esperaba “la ciudad que tiene fundamentos” (Hebreos 11:10). Iba de un lugar a otro con su tienda de campaña, por una tierra en la cual moraba como extranjero y peregrino, a pesar de que ese era el país que Dios había prometido a su descendencia. Pero su mirada de fe, escrutando los espacios infinitos, distinguía más allá de los horizontes de esta tierra los contornos de una ciudad “mejor”. Hacia ella se dirigía como viajero perseverante, seguro de que un día llegaría a la ciudad santa, aunque fuera a través de la muerte. Entreveía ya el momento en que, con toda la familia de la fe, entraría para siempre en las moradas de Dios.

Sabiendo que “el fin de todas las cosas se acerca” (1 Pedro 4:7), aprendamos a imitar la perseverancia y la fe de Abraham.

Esperar con devoción y amor

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven... Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:17-20).

Aunque no vemos que la esposa espere, sí oímos el anhelo de su corazón: “Ven, Señor Jesús”. Su amor hacia su divino esposo la mantiene despierta, por lo que cuando oiga la voz que dice: “Vengo en breve”, ella le responderá de inmediato.

Querido amigo, esperemos juntos al Señor; esperémosle con aquellos que aman su venida, usted en su sitio y yo en el mío.

Y, si es necesario, dejará que tal o cual amigo venga a avivar su lámpara, cuya llama vacila, o a ceñir su vestido, que no está bien ajustado. Si es menester, iremos juntos a despertar al centinela que no ha podido velar, y a levantar al viajero sentado y desalentado. Juntos también, escuchando la voz de Aquel que anuncia su llegada en el día que empieza a clarear, diremos a los que no le esperan, a los que no le esperan más: El Señor viene.

P. Jn.

PARA TODOS

EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas

PARA TODOS

1166 Perroy (Suiza)

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).